

Callejeras

Su número 3/46

Los espejuelos del sol se han convertido en cursilería de primera necesidad

Por Eladio SECADES

HAY una costumbre que ha degenerado en epidemia nacional: los espejuelos de sol. Se llaman espejuelos de sol un artefacto de coquetería que tiene por objeto hacer de la sombra un privilegio individual y casi sagrado. Al principio nada más los llevaban los ciegos y los aviadores. Después los bañistas en las playas. Y los pepillos en los ciubs. Ahora todos llevamos cristales oscuros, como una parte inorgánica de nuestro organismo. Con los Calobar de armadura metálica lo mismo se presenta el señor Ministro a colocar la primera piedra, que la cocinera a poner el agua para el arroz. Sin darnos cuenta estamos forjando una curiosa generación de miopes espontáneos. Que se ha uniformado los ojos de verde. Y que ha inventado la mirada de todos tenemos. Si es mentira de un refrán que de noche todos los gatos son pardos, es verdad de una moda que todos los ojos son prietos. Los espejuelos oscuros significan el secreto para invertir la miopia. Porque si los otros espejuelos sirven para ver más, estos sirven para ver menos. Pero con ellos nos creemos seres importantes y adoptamos un aire de distinción. Aunque en realidad no somos otra cosa que ciegos «honoris causa». Todos confraternizamos con la mirada. Pupilas standard de luciérnagas urbanas y de esmeralda verde. Ya se puede ser corto de vista por vocación. Gracias al Calobar, se ha operado el milagro de la negrita con ojos verdes. Hoy la personalidad radica en los ojos. Y no hay prestigio completo si no se han gastado veinte pesos en unos espejuelos de sol.



LO primero que hace un cubano que se precie de serlo cuando le dan un nombramiento de policía, es comprarse unos Calobar definitivamente verdes y más o menos legítimos. De esos que ya no llegan. Pero que los tiene todo el mundo. Los norteamericanos se jactan de sus policías rosados como manzanas y grandes como luchadores de pancracio. Pero no nos achican. Nosotros estamos orgullosos del policía criollo. Que engorda, se echa talco después de la afeitada, enciende un puro de a peseta y con los espejuelos oscuros de aros relucientes sale a decorar la posta del día, con ánimo de que no pase nada. En las fotografías de los periódicos y en los noticiarios nacionales se de-

21

muestra que el cubano ha exaltado los espejuelos prietos a la categoría de idiotez de primera necesidad. Se entiende por noticiarios nacionales unos cuadritos de actualidad gráfica. Donde siempre aparece un funcionario rodeado de lentes Calobar y de amigos en mangas de camisa. Aunque la inauguración de la obra sea distinta, la escena es siempre la misma. Delante el personaje que vence, en gesto casi patriótico, la tentación de mirar a la cámara. Detrás el séquito de sonrisas fingidas, guayabanas y espejuelos de sol. Cuando la ceremonia es rural, entonces el cine nos sirve una graciosa versión del renacimiento del sombrero de paja. En los noticiarios nacionales hay dos cosas que no fallan nunca. El espectador ingenuo que pellizca a la esposa y deja escapar un murmullo. Porque reconoció en la pantalla al compañero de oficina. Y un discurso de Carre-rá. También con espejuelos de sol. Algunas muchachas elegantes han huido del Calobar para caer en unas armaduras llamadas arlequin. Muy originales y bastante mefistofélicos. Ojos de almendras que terminan en rabos como signos caligráficos. Y que tienen la virtud de imprimir un sello interesante de mujer fatal. Cuando nos presentan a una señorita con esos espejuelos, no podemos impedir la idea de que ya la hemos visto en otra parte. Ha sido en la etiqueta del Jamón del Diablo.

●

SE llama moda toda novedad que se generaliza. Es decir, toda novedad que deja de ser novedad. Ir a la moda es diferenciarse a fuerza de parecerse. Los elegantes son gentes que hacen de lo original un plache de estribillo. Vestir bien es tener que llevar lo que se lleva. Escapar de la vulgaridad, para vulgarizarse. Fulano está atento a los cambios de la moda. Mejor dicho, a los cambios de gustos ajenos y cuando los adopta, decimos que es una persona de buen gusto. Por eso una moda bonita sirve para hacer elegantes en series. Y una moda bonita sirve para hacer elegantes en series. Y una moda fea sirve para que se practique el ridículo por unanimidad. Yo conozco una familia en la que todos llevan espejuelos oscuros. El padre para ir al trabajo. La madre para ir a la plaza. La hija para ir al colegio. Y el hijo cesante para no ir a ninguna parte. Cuando todos se reúnen, recuerdan un poco el coro de los ciegos de una zarzuela española. Hay viejos que creen hallar en los Calobar una fórmula de rejuvenecimiento. Pero el efecto es irremediable. Un viejo con cristales oscuros es la imagen que más se aproxima a la bandurria y a la limosna. Una gorda con Calobar es acontecimiento que no pertenece a la sociedad civilizada, sino al circo de pueblo. Que también es humano que las focas estiren los bigotes y se revuelvan indignadas. Porque les molesta la claridad.

●

NO se sabe quien trajo a Cuba la moda de los lentes de sol. Hay por lo menos un dato histórico: las mujeres empezaron a usarlos a raíz de llegar los americanos de la Cayuga. Enamoraban a las pepillas y cuando el idilio había prendido, los militares se tenían que ir. Se llevaban el corazón. Pero dejaban los espejuelos prietos. Ahí empezó el asunto. Lo que pasa es que hemos progresado tanto, que ya no es necesario llegar al matrimonio para que el hombre sostenga a la mujer. De cierto modo la sostiene desde el noviazgo. La novia moderna cree detalle distinguido ponerse el reloj pulsera de él, los espejuelos de él. Y cuando hay un poquitín de confianza, le pide un traje de casimir viejo para hacerse uno sastre. Hay personas que saldrían a la calle sin saco, sin corbata. Y hasta sin dinero. Pero que no se quitan el Calobar ni para dormir la siesta. Son las mismas personas que un día están furiosas. Porque les robaron los espejuelos en una guagua. Antes el destino del paraguas era dejarlo olvidado en la visita. Ahora el destino del Calobar es que nos lo arbatan en una guagua. De pronto nos sentimos desamparados. Como si nos hubiesen llevado un pedazo de nuestra personalidad.

●

NADA cambia más el aspecto de la gente que los espejuelos. Con lentes el militar parece más marcial. El oficinista más cumplidor. El negro más culto. Es muy difícil leer con gafas, fumar en pipa, bailar un vals y beber con pajitas, sin poner cara de tonto. Con espejuelos la esposa parece más honrada y el marido más decente. Marido decente es el que dice en la calle cualquier cosa, pero respetando siempre la santidad del hogar. Categoría de hombre que tiene del amor un concepto de papas fritas. La querida a la francesa. Y la esposa a la española. Abunda igualmente la jerarquía de la mujer seria. Las mujeres demasiado serias casi nunca se casan. Por la misma razón que la firma comercial que no anuncia, ni da muestras gratis, no vende. De lo que se deduce que la coquetería es la publicidad del matrimonio. Y que una novia triste es mercancía que no tiene salida. Por desgracia



la señorita triunfal es la modernista que baja bote, anda en «short», encuentra en la chaperona piadosa una madre de quita y pon. Habla como chuchero. Abraza al primero que llega. Sin que haya nada. Y es tan franca que no le da pena confesar que lleva tres días con el chiflido. Se casará enseguida. Ya han desaparecido los lentes Quevedo. De escribano honrado y de ratón de fábula. Aquellos lentes atados a un cordoncillo negro. Que pedían a gritos un editorial sobre economía política y un chaleco blanco.

LO de los espejuelos de sol es un hábito que ha culminado en plaga. Los usa hasta el mensajero de la farmacia que nos trae ese real de aspirina que algún día pedimos por teléfono. El conductor de la guagua tiene hilachas en el cuello, lleva los puños ennegrecidos por la dictadura del pasito «alante», el saco con brillo en los codos y la gorra con pomada en todas partes. Pero eso sí, el bigotico bien recortado, el pelado renovación, con cascada de rizos y los Calobar de veinte billetes. ¿Qué es lo tuyo, varón? Me confesaba un propietario de óptica que venían al establecimiento clientes en alpargatas y pagaban veinte pesos por unos espejuelos de sol. Los anteojos prietos se han convertido en símbolo de todos. Es el reinado del Calobar. Espejuelos que tienen nombre de pastillas para el hígado. Proporcionan una penumbra individual. Y halaga la coquetería un poco ridícula de una moda bastante exagerada. Complaciendo a los que experimentan la dicha de un atardecer eternamente verde... Atardecer de vegetariano.

Am, marzo 3/46



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA